

ESPAÑA EN EL SAHARA

El problema está en la instrumentación del proceso de retirada ● Ahora se acusan los errores de la política de "provincialización" ● Por haber mantenido el tema "reservado", el país se ha llevado ahora una sorpresa

COMPARTO plenamente el propósito del Gobierno de proceder a la descolonización del territorio. Se trata de un compromiso contraído desde el momento mismo de nuestro ingreso en las Naciones Unidas y debemos cumplirlo con urgencia.

Ahora bien, el problema está actualmente en la instrumentación del proceso. La decisión adoptada exige unas medidas complementarias que deberán ponerse en práctica inmediatamente. Hasta ahora desconocemos cuál es el calendario propuesto, si se va a proceder o no a un referéndum y, en caso afirmativo, cuándo se celebrará y qué opciones se piensa ofrecer a la población. Si no hubiera referéndum, tampoco sabemos con quién o con quiénes se va a negociar la transferencia de soberanía.

El que España haya declarado, consecuente con su política descolonizadora, que estamos dispuestos a abandonar el territorio—y esto, insisto, es una decisión política importante y positiva—no quiere decir, sin embargo, que nos debemos marchar de cualquier forma. Ello implicaría una responsabilidad internacional y un incumplimiento de las resoluciones de la ONU, que hemos prometido públicamente respetar. Si lo hiciéramos, si nos marcháramos sin más, podríamos ser acusados ante la opinión mundial de crear un vacío de poder, olvidando nuestras obligaciones de potencia administradora, que derivan de la Carta de las Naciones Unidas. Incluso podríamos ser acusados de poner en peligro la paz y la seguridad internacionales en esa zona al actuar unilateralmente al margen de la Organización.

Confío que no va a ser ése el caso de España, que ha sido siempre respetuosa con las Naciones Unidas, y estoy seguro de que seguirá las pautas imprescindibles para alcanzar una correcta descolonización del territorio.

JUNTO a lo que pudiéramos llamar aspecto internacional del tema, existe otro, interno, que no puedo por menos de plantear. La política seguida por la Presidencia durante años no coincidía en absoluto con las coordenadas de nuestra

acción exterior, y se producía el contrasentido de unas actuaciones paralelas o, más bien, contradictorias en el tratamiento del problema. Esto ya lo advirtió hace mucho tiempo el ministro Castiella, que fue quien trazó con claridad, en una memorable intervención ante las Naciones Unidas en 1963, nuestra política descolonizadora, y la reafirmó más tarde en un discurso pronunciado en Madrid en 1967. El fue quien, desde el momento mismo de responsabilizarse con nuestra política exterior, se adelantó de forma previsora e imaginativa marcando, con muy rigurosa planificación, los pasos necesarios que hubieran permitido, con un referéndum a tiempo—debidamente respaldado por la ONU—, la adhesión firme y sincera de la población.

TANTO el decreto de provincialización del Sahara como la ley organizadora del territorio—siguiendo la pauta portuguesa—fueron graves errores que muchos descubren ahora. Con aquella política ni se logró la promoción de los habitantes ni se alcanzó su asociación con España, ni siquiera se consiguió tener una información correcta de lo que allí ocurría. Por eso ahora, de la noche a la mañana, los españoles, sorprendidos, nos enteramos del cambio de "inclinación" de los saharauis hacia nuestro país. Y eso que a aquella provincia le dedicamos toda una Dirección General responsable de su promoción.

El Sahara tenía y tiene unos procuradores que asisten al Pleno de nuestras Cortes, uno de los cuales intervino en una sesión inolvidable rechazando cualquier intrusión de la ONU y declarando su adhesión inquebrantable a España. ¿Qué ha sucedido ahora? ¿Cómo piensan hoy estos procuradores y el consejero nacional por la provincia? ¿No se sentían todos hasta ayer muy españoles?

EL tema del Sahara fue materia reservada entre los años 1972 y 1974, y ahora comprobamos las consecuencias de

Marcelino OREJA AGUIRRE

(Continúa en pág. sigte.)

ESPAÑA EN EL SAHARA

(Viene de la pág. anterior)

mantener un tema aislado, secreto y sin información, caldo de cultivo, al fin, de toda clase de rumores y falsedades. (El diagnóstico es, por supuesto, aplicable a los espacios geográficos peninsulares, donde también la medida nos parece desaconsejable.) Y así, con motivo de la misión visitadora de la ONU, nos hemos enterado los españoles de lo poco que representaba el PUNS, al que suponíamos partido organizado; hemos descubierto al F. Polisario, del que no teníamos apenas noticias, e ignoramos aún si se ha pronunciado de alguna forma la yemaa, que fue el órgano creado por España y cuya actividad, en estos momentos decisivos, parece nula.

¿Es posible que el Gobierno no tuviera ningún conocimiento previo de la situación que

se estaba creando? ¿Qué han informado durante años las autoridades de la provincia?

Es fácil tomar una decisión de retirada, pero alguien debe decir al país la razón de la situación y por qué no se nos ha explicado antes.

HAY, además, otro factor que no podemos olvidar. La presencia española en el Sahara ha sido materialmente costosa; sólo en las explotaciones de fosfatos parece que se han invertido más de treinta mil millones de pesetas. ¿En qué situación va a quedar en el futuro esta sociedad española en la que se han hecho tan cuantiosas inversiones?

Por fin, en cuanto a nuestro Ejército, que con tan alto sentido patriótico y de la dignidad se ha comportado, tiene actualmente a unos oficiales y mandos subalternos en poder de unas fuerzas, aparentemente incontroladas, pero de cuya localización geográfica se tienen bastantes precisiones. Los españoles no entendemos bien cómo se tolera que durante tanto tiempo unos soldados nuestros puedan permanecer prisioneros en países con los que España mantiene cordiales relaciones diplomáticas. Queremos pensar—y así se ha asegurado en algunas publicaciones—que se estarán realizando gestiones para resolver esta triste situación.

EN conclusión, puedo decir que me complace vivamente la decisión del Gobierno y que mi inquietud hoy se centra únicamente en que la desco-

lonización del Sahara, que era un desenlace previsible y deseable para cualquier observador de la realidad internacional, no se produzca en circunstancias que pongan en entredicho nuestra política y la imagen de nuestras Fuerzas Armadas, produciendo la sensación de una precipitada salida por haber sido incapaces de preparar adecuadamente el territorio y a sus habitantes para una vida independiente y autónoma, dotándolos de unas estructuras políticas y económicas mínimamente viables. Si con la salida de España todo se hunde, nosotros habremos resuelto un problema, pero será difícil explicar al país y al mundo las razones que ha tenido España para permanecer tanto tiempo en ese territorio, haberlo calificado de provincia y haber naturalizado como españoles a sus habitantes.

En este momento último de la descolonización, cuando España, que se enorgullece de proclamar que es "raíz de una gran familia de pueblos con los que se siente indisolublemente hermanada" y que "aspira a la instauración de la justicia y de la paz entre las naciones", deberá cumplir con sus compromisos internacionales y acreditar su fidelidad al espíritu y a la Carta de las Naciones Unidas, al mismo tiempo que exige, a su vez, a la Organización que le sea devuelto ese trozo entrañable de su territorio que se llama Gibraltar.

**Marcelino OREJA
AGUIRRE**